

LA REVISTA.

PERIÓDICO CIENTÍFICO LITERARIO.

DIRECTOR: D. EMILIO SAENZ.

ADMINISTRADOR: D. JOSÉ M. PASTOR Y MORA.

PRECIOS DE SUSCRICION:

Madrid, un mes.....	4 reales.
Idem., trimestre.....	12 "
Provincias, un mes.....	6 "
Idem., trimestre.....	18 "
Extranjero y Ultramar, trimestre.....	40 "

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Direccion y Administracion, Travesía de San Mateo, 8 y 10, segundo izquierda, donde se dirigirá la correspondencia.

Año I.

Madrid 2 de Diciembre de 1875.

Número 6.

ADVERTENCIAS.

La Redacion de la REVISTA participa á sus abonados que desde el presente mes se publicará el periódico cuatro veces, y dentro de pocos números empezarán las reformas que tenemos prometidas.

Han entrado á formar parte de la Redacion de la REVISTA nuestros queridos amigos los Sres. D. Vicente Moreno Barutell (como redactor en jefe) y los redactores siguientes.

- D. José García Romero.
- Angel Coronado.
- José Vidal.
- Francisco Javier Betegon y Aparici.
- Urbano Fernandez.
- Pedro Velluti.
- Dario Fernandez.
- Federico Belmonte.

SUMARIO.

El rosario de la aurora.—Isabel la Católica.—Apuntes sobre el viaje del príncipe de Gales á la India.—Dos palabras sobre la nostalgia.—Los amores de mister Krik.—A...—A ella.—En un álbum.—A... (poesías).—Revista de Teatros.—Misceláneas.—A María (poesía).—Charada.

EL ROSARIO DE LA AURORA.

Es el dia 14 de Febrero de 177... Una espesa lluvia cae sobre la coronada villa del oso y del madroño, las calles están desiertas, y únicamente de vez en cuando se ve asomar por las esquinas el oscuro farol de la ronda de Pan y huevo ó la sombría linterna del pecado mortal, que una vez cumplido su cometido se dirigen á sus casas hasta la siguiente noche; nadie más transita por Madrid; la oscuridad más completa envuelve á la capital de España.

Son las seis de la mañana, el temporal arrecia cada vez más, parece que se han conjurado los elementos, la lluvia es ya torrencial, es una verdadera noche de invierno. Un bulto se destaca por la plaza del Rollo, encaminándose con acelerado paso

á la calle de Segovia, sube por la plaza de la Paja, y se detiene ante una miserable casa de mezquino aspecto, mira por la cerradura de la puerta, y como aquel que vacila entre hacer una cosa ó nó, se detiene, hasta que de repente y como pesaroso, coge un descomunal llamador que cuelga de la puerta de la dicha casa, y da con él tres sonoros golpes; al poco tiempo se oyen pasos en la parte interior, y una voz aguardentosa, y al parecer, de mujer, dice:

—Eres tú, Pepillo.

—Sí, contesta el de afuera, abra usted pronto, señora Escolástica, que la noche es de perros, y estoy resfriado.

—Allá voy, hijo; aguarda un poco, que voy á por la llave, que con la prisa se me ha quedado arriba,—y se oyó alejarse á la persona que habia bajado á la puerta.

Mientras buscaba la señora Escolástica la llave, el de afuera se quedó guarecido entre la puerta, resguardándose de la lluvia; ésta era más cada vez, y el frio se hacia sentir de una manera inusitada; por fin se oyó ruido nuevamente en la casa, y á poco se abria el portalon, apareciendo en su dintel una mujer como de unos cincuenta años, de elevada estatura, color moreno, y vestida con un traje corto de lana escocesa, zapato bajo y blanca media; el que entraba era hombre como de unos veinticuatro á veintiseis años, de regular estatura, agraciado su semblante, con calzon corto, zapato bajo, chaquetilla, sombrero gacho, y una hermosa y ancha capa en conjunto constituian la persona y traje de Pepillo, nombre con que hemos visto le habló la señora Escolástica.

Una vez cerrada de nuevo la puerta del portal, cogió la mujer un enorme belon de cuatro mecheros que habia dejado al abrir sobre el suelo y empezaron á subir por una estrecha y sucia escalera hasta llegar á un corredor que á la derecha estaba, parándose ante una puerta que empujada con suavidad, cedió sobre sus goznes, la cual daba entrada á una salita de bastante capacidad y decorada decentemente: en el testero de enfrente y mirando á la puerta sentada en un sillón de antigua baqueta, está una mujer que apenas frisa en los veinte años.

Por debajo de su falda se ve un diminuto pié comprimido por un precioso zapato de tafilete; un cor-

piño de terciopelo que la ciñe el cuerpo; una alta peineta de teja sobre su peinado y una rica mantilla de blondas son el adorno de dicha jóven; está indolentemente reclinada sobre el sillón como cansada de esperar; no hace más que de vez en cuando levantar su mirada y dirigirla hácia la puerta. Así está por espacio de media hora hasta que Pepillo llamó y penetró en la estancia.

Al verle la gallarda moza se levanta y una sonrisa cruza por sus labios dejando ver unos dientes de perlas, y dirigiéndose á el recién venido, le dice:

—¿Cómo has tardado tanto? creí ya que no venías y debe ser tarde, porque há largo rato que oí en San Andrés tocar al rosario.

—Mariquita, contesta Pepe, no ha sido mia la culpa sino que asuntos que en el camino te diré, me han impedido venir ántes.

—Sí, que ya es tarde, responde la hermosa María, sí vámonos;—y rebozándose bien el semblante en su mantilla seguida de su Pepe y de la señora Escolástica, salen á la calle en animada conversacion, así siguen todo lo alto de la plazuela, sufriendo la torrencial lluvia por medio de la calle, procurando no ir por las aceras para evitarse del ¡agua va! de nuestros abuelos; llegando al fin á la plaza de San Andrés y metiéndose en la iglesia de su nombre.

Entremos nosotros con ellos y veamos lo que pasa; apenas puede contener tanta gente como hay la anchurosa nave de San Andrés; hombres y mujeres, jóvenes y viejos todos en confusion están revueltos; ni la lluvia ni la hora les ha intimidado para dejar la cama y encaminarse á la iglesia. ¿Pues qué ocurre para que á aquellas horas se hallen congregados tantos fieles en el antiquísimo templo de San Andrés? Es que son las cinco de la mañana y va al rosario de la Aurora (1) á recorrer las calles segun tradicional costumbre. En efecto, ya sale la comitiva; 24 grandes faroles llevados por otros tantos acogidos del Ave-María van delante; siguen detrás los frailes de la Merced, á continuacion cuatro vestidos con negros sayones pidiendo á los fieles para el sostenimiento del Santo Rosario, y detrás ocho sacerdotes con un crucifijo en alto siguiendo á estos todos los fieles.

Entre estos vemos otra vez á nuestros personajes que con la mayor devocion siguen al rosario, el cual no teme á la noche ni á la lluvia y con grandes gritos se dirige por las calles de la Cava Baja, de Toledo de la Solana, etc., entonando cánticos y oraciones; alguna que otra ventana se abre y se ve una mano que hace la señal de la cruz. Llega el rosario á la calle de la Solana y de repente se para y una gritaría inmensa, el correr los acogidos que llevan los faroles, el huir y esconder el Cristo los sacerdotes y la confusion de todos, indica que algo grave ocurre. En efecto, nuestros personajes son los héroes de la fiesta. Pepillo enfadado porque desde la salida de San Andrés con el rosario un embozado se ha acercado al lado de María, y por más que ha procurado escabullirse con su amada no lo ha podido lograr, al llegar á la calle de la Solana y acabándosele la paciencia, le dice que se retire; el otro con-

testa que no le da la gana. Pepe le arranca el embozo; el otro arremete con Pepillo; éste saca una navaja; María grita y se interpone; Escolástica dice: «vámonos María, que nos van á descubrir», y todos corren.

De repente suena un ¡ay! Un hombre salta por encima de todos; es Pepe que ha asestado una certera puñalada en el corazón á su contrincante y huye. María cae desmayada; Escolástica echa á correr y se escabulle entre el tropel. Una ronda de casa y córte aparece por el sitio del suceso, y atraída por los gritos, se entera de lo ocurrido: ve que al herido no le alcanza ni lo humano ni lo divino, ve la jóven desmayada y el rostro descubierto; el alcalde da un paso hácia atrás al verla, y exclama:

—O torpe soy por vida mia, ó esta jóven es la hija de los marqueses de*** escapada hace tres dias con su aya.

—Sí, señor, contesta un alguacil de los de la ronda.

E. SAENZ.

(Se concluirá.)

ISABEL LA CATÓLICA.

Quizá nación alguna cuente en su historia páginas tan gloriosas como la de España; nadie puede presentar ejemplos de lealtad, probidad y hechos de valor tan grandes como la nación hispana.

Continuados triunfos y señalados hechos son el mejor florón que constituye nuestra mural corona. Toda su historia es brillante; los reyes, su nobleza y sus soldados la han legado un nombre que ni la metrala, ni las calumnias han podido hacer desaparecer: entre estos se halla el mejor ejemplo que en nuestra pasada historia existe, es la apología del reinado de la gran Isabel, de esa sublime mujer que menospreciando los trabajos de llevar una corona que, si ahora es grande su peso, más lo era entonces, no titubeó en aceptarla.

Mucho y bueno se ha hablado sobre este período de la historia patria; pero amante yo y dispuesto siempre á ensalzarla, á su defensa salgo tomando la pluma para describir á grandes rasgos tan magnífico reinado, bajo el cual, y protegido por el talento de Isabel se nos dió un nuevo mundo (que perdimos por nuestras flaquezas); fué un hecho la unidad de la monarquía (que torpes predicaciones quisieron hacer desaparecer), y por último, el orden y la justicia empezaron á imperar.

Al advenimiento al trono de Isabel la Católica, hermana de Enrique IV é hija de D. Juan II, Castilla estaba envuelta en las más horrosas é inícuas intrigas; los nobles, envalentonados por la debilidad que el rey Enrique demostró con ellos dejando impunes las rebeldías y los atropellos; la intranquilidad más grande y el desconcierto en todos los negocios: era el cuadro que la desgraciada Castilla presentaba. Todos ansiaban una persona que con mano fuerte arreglase tanto desconcierto; pero todos estaban divididos, unos á favor de Alorso XII, hermano de Isabel, y de Enrique IV; por mayor parte de los castellanos deseaban ver u

(1) Llamado de la aurora por la hora en que tenía lugar.

al reino de Aragon con el de Castilla: esto nadie lo podia hacer mejor que Isabel, y creado un gran partido á su favor, y obligada por el testamento de su hermano, fué heredera del trono.

Concertado por el Consejo su matrimonio con su primo D. Fernando I, rey de Aragon, con suma modestia se celebraron las bodas de estos dos esclarecidos príncipes, concibiendo ambos pueblos las más lisonjeras esperanzas de dicha union. No se equivocaban; al poco tiempo daba la reina claras muestras de su precoz talento instituyendo la Santa Hermandad; medida buena en sí y sólo con el objeto de limpiar los caminos de malhechores, que no dejaban tranquilas á las pequeñas poblaciones: medida é instituto que la política, siempre vil y rastro, llegó posteriormente á constituir con él el sangriento tribunal de la Inquisicion. Pero esto es pálido ante el hecho que se realiza en España, y cuya posesion, aunque grande, hoy sólo nos quedan restos: me refiero al descubrimiento de América por Cristóbal Colon. Tachado de loco y visionario, fué arrojado de extranjerías córtes, viniendo á encontrar apoyo en la reina de España, en la magnánima Isabel; ésta á la sazón estaba acabando de arrojar de su último baluarte á los pertinaces moros: todos creían que fuese imposible prestar apoyo al pensamiento de Colon, pero nada arredra cuando hay fe en las ideas, é Isabel, estando falto el Erario de recursos, vendió sus joyas para allegar fondos y equipar bajeles.

A. ESTRADA Y CAMBA.

(Se continuara.)

APUNTES

SOBRE EL VIAJE

DEL PRÍNCIPE DE GALLES A LA INDIA.

El príncipe de Gales, hijo de la reina de Inglaterra, se pasea hoy, y es objeto de grandes festejos en la India, una de las más ricas joyas de la corona destinada á ceñir su frente en el porvenir. Las visitas de monarcas, ya sea por sus dominios, ya por los de sus aliados, son ocurrencias, tan frecuentes en estos tiempos, en que es usanza arreglar cuestiones de alta política, de diplomacia y de comun interes para las naciones, entre los jefes de ellas directamente, que ya no inspiran curiosidad, y el vulgo las presencia hasta con indiferencia, pues quien ha visto una de estas ovaciones, las ha visto todas. No así de la que se trata ahora. Las costumbres, el clima, la religion y la ostentacion oriental le comunican tal colorido de originalidad, que por cierto no se asemeja á ninguna de las fiestas europeas que con igual motivo acontecen á cada paso.

Entre los episodios curiosos de este viaje merece la pena de describirse la visita hecha por el príncipe á la Isla Elefante, en donde se hallan los templos subterráneos, cuyo origen se ignora y la conjetura se pierde en los tiempos más nebulosos del fabulismo.

Estas cuevas existen en lo más alto sobre el nivel del mar de esa isla, situada en la bahía, y distante á unas dos leguas de la ciudad de Bombay. La subida por un estrecho sendero es penosa, y están escavadas en la sólida piedra de aquellas sagradas rocas del Brahmismo.

La mayor de estas cuevas, que mide unos 130 piés cuadrados y 20 de elevacion, fué la destinada á servir de local para el gran banquete con que el gobernador de Bombay ha obsequiado al príncipe, sus allegados y altos dignatarios.

A las cuatro de la tarde fueron conducidos los convidados á bordo de los vapores de la compañía Oriental al punto designado para el festin, dirigiéndose á él despues de desembarcar, por la penosa pendiente y acompañados del sol abrumador de aquellas latitudes en cuyo término se encontraron en frente á la abertura hecha en la viva roca que sirve de entrada á los templos. Ya el crepúsculo de la noche envolvía en sus tinieblas el magnífico panorama del rededor cuando los viajeros hicieron alto para contemplar el aspecto de aquellos, iluminados por los arcos que á la entrada se habian construido. La edificacion de la principal caverna denota un grado de paciencia y laboriosidad sorprendentes. Alrededor de esa inmensa cavidad se hallan colocados á diferentes distancias seis grupos esculpidos de divinidades mitológicas de tamaño colosal, y ocupando todo el espacio desde el suelo hasta el techo. El más importante de estos y que parece presidir á los demas, representa á la diosa Shiva, á la cual está dedicado el templo, y es una enorme figura con tres caras. Una indica sus atribuciones de creadora, otra de conservadora y la tercera de destructora del mundo. Como creadora ó Brahma y como conservadora, su fisonomía denota nobleza y sublimidad; mas en la tercera faz, que representa á la divinidad como destructora, su mirada es realmente aterradora, fija con malévolas sonrisas en la serpiente de cascabel que se enrosca en su brazo. El escultor ha caracterizado con tosca realidad la fisonomía de la diosa que no deja de tener bastante mérito artístico. Bajo este extraño grupo, y como sirviéndole de dosel, completando el más raro anacronismo de época y circunstancias concebibles, presidió el príncipe de Gales el gran banquete en que se ostentaron los más delicados manjares europeos servidos con todos los perfiles de elegancia de la civilizacion moderna.

Cuando empezaron los brindis, y la concurrencia se hallaba más animada, de repente luces de Bengala de múltiples colores iluminaron aquella estancia, confundiéndose con brillantez deslumbradora los extraños gigantes de piedra, las caras alegres de los comensales y la servidumbre, moviéndose de un lado á otro, presentando el conjunto más original y la escena más animada que es posible concebir, y de la cual no se puede formarse idea en la realidad.

Al terminar la cena lucieron magníficos fuegos artificiales que iluminaban el bello paisaje, y cuyas luces hacian descollar á lo lejos el fantástico aspecto que presentaba Bombay, terminando con un viaje nocturno en magníficos vapores y disfrutando de la brisa deliciosa que sólo de noche se respira en aquel

país, una de las fiestas más lucidas con que los tales súbditos de la Gran Bretaña han obsequiado á su Príncipe real.

JOSÉ MARÍA PASTOR Y MORA.

DOS PALABRAS SOBRE LA NOSTALGIA.

Bajo muy varios y distintos aspectos puede ser examinada: como palabra, gramatical y etimológicamente, como afección moral, en sus causas y en sus efectos. Todos y cada uno han de quedar indicados, si bien á grandes rasgos, cual lo exigen el corto espacio de que disponemos y nuestra mal cortada pluma.

Oriunda esta palabra del gráfico lenguaje helénico, encuéntrase compuesta de las dos griegas *nostos* (vuelta) *algos* (dolor, enfermedad), cuyas voces vertidas á nuestro idioma forman su gramatical concepto, «vehemente deseo de volver al país natal (1).»

Tan natural como noble aspiración—pues tal calificativo merece la que es manifestación sensible de los más puros sentimientos—no puede considerarse general. En efecto: el habitante de las populosas ciudades que nacido en ellas unió á una intranquila infancia una borrascosa juventud, puede, si como enfermedad la considera, vanagloriarse de no padecerla, porque los recuerdos que la producen respiran la dulce calma del hogar, las primeras impresiones de una vida, que no por hallarse oscurecida, conmueve ménos nuestro ser.

Sin que neguemos en absoluto su derivación posible de animados centros, es una verdad inconcusa que las imágenes que la Nostalgia evoca, vivificadas por la más exaltada fantasía, aman la soledad, gustan como el amor del aislamiento, encontrando preferente cuna en la monótona vida del campesino, que reduciendo el mundo á lo que su vista alcanza, le señala por únicos límites: á un extremo, la fértil vega, roturada ayer paso á paso por sus tardos bueyes, cubierta hoy de doradas mieses, bañadas en pos de la aurora por el sol naciente; al otro, el hondo valle donde el umbroso pino y el melancólico ciprés, la trepadora madre selva y las agrestes matas, salpicadas de pintadas flores, más bellas aún al suave rielar de la vespertina luz, ocultan bajo espesa enramada en que el ruiseñor anida la honda fosa do reposan en eterno descanso sus abuelos. Allá, pues, el movimiento de exuberante vida, la esperanza risueña, cual es á no dudar, el despuntar de un nuevo día; acá el reposo de la muerte, triste y desconsolador cual el ocaso.

Si nuestro aserto prueba necesitara, fácil nos sería encontrarla. La admirable narración india (2) del inmortal escritor francés Chateaubriand, nos ofrece notable ejemplo. El indio que describe (3) injustamente detenido en las galeras de Marsella, testigos mudos de su infortunio, presentado á Luis XIV, que le devolvió la libertad, admiró la civilización

en todo su esplendor, y sin embargo, una fuerza irresistible empujóle á su país, prefiriendo las áridas llanuras del desierto que el espejismo hace infinitas, á los placeres de bulliciosa y disoluta corte; el primaveral aspecto de un oasis cuyo verde césped convida al descanso, á las suntuosas fiestas de Versalles; oír el lejano bramar del mar tempestuoso entonando el *De profundis* en el seno de la naturaleza, á las fúnebres oraciones de Bossuet; correr por último, los peligros de una vida nómada y errante, á verlos presentados en la escena por el trágico Racine.

Ahora bien, si huella deja el dolor, fácilmente se comprende que tan exaltada pasión, tan enérgico sentimiento, pueda impresionar profundamente la vida física.

Ovidio, el incomparable poeta clásico, que se inspiró joven aún, bajo el napolitano cielo, y fecundó después su númen en la campiña romana, se siente desfallecer en la nebulosa bruma que á Tomi (1) envuelve, ahogando allí con sus gemidos los acordes de su lira, y al morir, víctima de la Nostalgia que le devoraba, lanzó á su patria con sus últimos suspiros la bendición á su familia, la maldición al César.

JOSÉ GARCÍA ROMERO.

LOS AMORES DE MISTER KRIK.

CUENTO EXTRAORDINARIO.

La nieve había caído con tal abundancia sobre Mekleburgo, que la diligencia de Colonia tuvo que detenerse, y los viajeros, entre los cuales se hallaba el que escribe estas líneas, procurábamos pasar el rato contando historietas y anécdotas, en derredor de la bien provista chimenea.

Casi todos habíamos pagado ya nuestro escote, cuando un joven moreno, de aspecto varonil, tomó la palabra:

—Ya he dicho á ustedes en el camino, que cargado por una casa inglesa de su representación en la India, he pasado dos años en Calcuta y Ceylan; allí he sido testigo de varias escenas curiosas que pudiera relatar, pero ninguna creo tan interesante como la que voy á contarles. A fines del año pasado y después de la estación de las lluvias determiné visitar á mister Krik, querido y antiguo compañero á quien no había visto desde mi salida de Oxford, sabiendo solo que se había establecido en la deliciosa isla de Curumaní. Con esta idea tomé pasaje en un vapor de la Compañía Polinesia que en dos días me condujo á dicha isla.

Apenas desembarcado, un bengalés se apoderó de

(1) Sabido es que Ovidio nació en Sulmona cerca de Nápoles (cuarenta y cuatro años antes de Jesucristo), que fué desterrado á Tomi, por Augusto, sin que hasta ahora se tenga noticia de la causa que motivara el proceder imperial. Dedúcese de la descripción topográfica de Lemaire, que este país (Tomi), se hallaba próximamente situado en las bocas del Danubio.

(1) En igual sentido lo define el *Diccionario* de la lengua.

(2) Atala.

(3) Chactas.

mi pequeño equipaje, preguntándome á donde pensaba dirigirme.

—¿Conoces á mister Krik?—le dije.

—Ya lo creo; ¿quién no conoce á ese nabab Krik?

—Pues, á su casa.

El indio echó á andar por una calle de esos árboles gigantescos que hay en la India y que parecen contemporáneos de la creacion. En su extremo se destacaba una magnífica casa rodeada por un caprichoso jardin; el bengalés llamó á laverja, y un kitumtgar salió lentamente diciendo:

—¿Qué quereis, sahib?

—Da esto á mister Krik, contesté dándole una tarjeta.

—Voy, replicó haciendo una cortesía.

Pasaron dos minutos y oí una voz que gritaba en puro inglés desde una ventana.

—Sube, Jhon, sube.

Alcé la cabeza y ví á Krik que parecia muy contento de mi presencia en aquellos lugares. Un criado tomó la maleta y subí rápidamente una gran escalera en cuya mitad tuve el gusto de abrazar á mi amigo.

Pasadas las primeras demostraciones de alegría me condujo al verandah ó galería cubierta, mandó traer pipas y refrescos, y cuando vió que empezaba á aspirar tranquilamente el humo de mi narguilé, me dijo:

—Querido Jhon, tras tantos años de separacion, llegas á verme en un momento, quizá el más crítico de mi vida.

—¿Cómo es eso?—exclamé yo sobresaltado.

—Oye y juzgarás. No debes haber olvidado que salimos al mismo tiempo de la universidad de Oxford. Tú te dedicaste al comercio y yo iba á entregarme á las áridas tareas del foro, cuando la muerte de un tío mio me dejó poseedor de cuantiosos bienes en esta isla. Partí de Lóndres y trasladé mis lares á este encantado rincón donde he pasado diez años, durante los cuales me he divertido muy poco y he ganado sendos miles de libras con la canela y el índigo. Todo me sonreía y ya pensaba en trasladarme á Europa, cuando una mujer ha destruido todos mis cálculos. No te rias, añadió al verme sonreír; la cosa es muy grave.

—Cuenta, cuenta, que esa historia me va interesando.

—Esa mujer es Jeny, la hija de Diksons, el gobernador de la Compañía de las Indias. La ví en un baile oficial y desde entónces quedé ciegamente enamorado de ella. Figúrate amigo Jhon una jóven alta, esbelta, con ojos azules y la cabellera rubia más preciosa que ha visto el Reino Unido. Púseme á indagar y averigué que otro hombre la pretendía; el sobrino del antiguo rajah de Nerbuda, cuyas inmensas riquezas le dan gran consideracion en toda la India. Comprendí que el rival era peligroso; me determiné á no perder tiempo y declaré mi pasión á Jeny que correspondió á mi ternura. Faltaba sólo el consentimiento del padre, y un dia, vestido de punta en blanco, me presenté á Diksons á pedirle la mano de su hija. Le encontré solo en su despacho; le expuse mi petición, que oyó con gran flemma, y cuando terminé, llamó á un criado y dióle orden de

introducir á un caballero que aguardaba en el salón inmediato. Entró aquel, y Diksons me presentó á Richard Brahama, heredero del rajah de Nerbuda y mi rival. Vestia como un gentleman, pero su traje negro se despegaba de aquel rostro sombrío y cobrizo que hubiese sentado muy bien en un salvaje de Otaiti. Le contesté con las formalidades de costumbre y tomamos asiento.

—Señores, dijo entónces Diksons, con pocos momentos de diferencia, me habeis ambos pedido la mano de Jeny: nada tengo que oponer á ninguno, porque los dos podeis hacerla feliz; mas como es preciso escoger, he ideado un medio que creo aprobareis; parece algo escéntrico, pero al cabo es tan bueno como otro cualquiera. Ya sabeis que soy Presidente del Club de nadadores de la India: pues bien; pretextando un desafío náutico, aquel de vosotros que cruce á nado en ménos tiempo el espacio que separa esta costa de la vecina de Gondra, encontrará en la quinta que allí poseo á su suegro y á su esposa; al que llegue despues, le recibirán unos buenos amigos solamente; debo encargaros el silencio. Y dicho esto, se levantó como dando por terminada la conferencia. Yo quise protestar demostrando lo absurdo de la idea; revelar que era el preferido de Jeny; pero Diksons, que indudablemente está loco, me interrumpió diciendo:

—Lo dicho, dicho; á lo cual el antipático Richard añadia con aire de triunfo:

—Aceptado, aceptado.

Salimos de aquella casa, y ya en la calle el indio me tendió una mano que no tomé, diciéndome:

—Hasta cuando querais.

Llegué aquí desesperado, y á los dos dias, es decir, ayer, recibí una cortés invitacion para que mañana se efectúe el desafío; he contestado aceptando, y os juro Jhon que si no llego el primero, me dejo ahogar; ántes morir que perder á Jeny.

Cuando mi amigo terminó su relato, traté de animarle con la seguridad de la victoria, recordándole que era el mejor nadador del colegio, etc. etc. Todo fué en vano: á los pocos momentos se retiró á su habitacion con el pretexto de preparar algunas cosas para el dia siguiente, y yo me marché á mi cuarto.

En vano quise conciliar el sueño, no lo pude conseguir, bien por lo sobreescitado de mi imaginacion ó por el excesivo calor. Por este motivo salí al verandah y pronto me hallé en el jardin; crucé sin rumbo fijo sus calles de nopales, hasta que me encontré con una puertecilla que habia en la cerca. La luna derramaba su misteriosa luz, y esto me impuso el deseo de verla brillar sobre el mar. Con este objeto abrí la puertecilla, salí al campo, y guiado por el ruido del oleaje llegué hasta la playa. Una vez allí me senté sobre uno de los peñascos que terminan el arrecife que se extiende entre aquella isla y la vecina de Gondra, y medité largo rato en la extraña aventura de mi amigo.

Ya iba á emprender la retirada, cuando por un hueco que quedaba entre dos peñas, ví venir dos sombras blancas que marchaban siguiendo la orilla del mar. Dos indios á tales horas y en tal sitio no

anunciaban nada bueno, porque es cosa sabida en toda la India que los indígenas de Curumani son unos discípulos sobresalientes de Cartouche, por más que no conste que este bandido frances haya dado ecciones de escamoteo en Bengala.

Como no llevaba armas y conocia estas habilidades, me escondí en un hueco de los peñascos de que he hablado ántes, y aguardé.

Los bengalis se pararon muy cerca de mi escondrijo, y entónces uno de ellos dijo al otro.

—¿Ves un punto luminoso allá bajo?

—Sí, Sahib, es la luz perpétua del templo de Kalí.

—Pues bien, la escalinata que del templo baja al mar es el término del viaje Krik, para ganar tiempo atravesará por medio del arrecife entre las peñas negras, y entonces tú ya sabes.

—Sí, Sahib.

—Yo marcharé por fuera del arrecife, así nadie podrá decir que he tenido parte en la desgracia.

—Es claro, Sahib.

—¿Errarás el golpe?

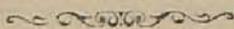
—He sido ayudante de Nana, el exterminador de los ingleses.

—Eso basta, mañana por la noche recibirás el dinero convenido. Ahora marcha.

—Que Shiva os proteja, —murmuró el asesino, y se alejaron en distintas direcciones.

AUGUSTO D.

(Se concluirá).



A...

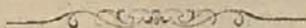
Angel hermoso, á quien amor juré,
sombra querida que en mi mente está,
paloma pura cuyo vuelo alcé

¿dime por qué
no me amas ya?

¿Dime á quien puedo consagrar mi amor?
¿Dime á qué aspiro si la fe perdí?
el mundo entero y la beldad mayor
marchita flor
serán sin tí.

Si en adorarte mi existir cifré,
si en pos de tí mi pensamiento va,
si nombre y gloria para tí busqué,
¿dime por qué
no me amas ya?

L. M. LARRA.



A ELLA.

Abismado en mis amores
por tu jardín paseaba,
viendo moverse las flores
y aquellos bellos colores
que la brisa acariciaba.

Los ruiseñores al cielo
elevaban dulce trino,
y al remontar ráudo vuelo
querían pasar el velo
que de otro mundo es camino.

El murmullo de una fuente

á lo léjos percibía,
y recordaba mi mente
á mi amor, que dulcemente
á mi lado sonreía.

Soñaba yo una mujer,
conjunto de fe y de amor,
tan constante en el placer,
cual la virtud suele ser
constante con el dolor.

De aquellos vergeles diosa,
blanca y con cabellos de oro,
más que la Venus hermosa,
tímida, fiel, ruborosa,
soñaba yo mi tesoro.

Y aunque ausente de mí estaba,
en mí sér su sér vivía,
con su recuerdo gozaba,
sin saber dónde se hallaba
la bella esperanza mía.

Sobre el césped me dormí,
y al despertarme no sé
que es lo que pasó por mí;
sentada á mi lado ví
la ilusion que yo soñé.

Cubierta con blanco manto,
suelos sus cabellos de oro,
entonando dulce canto,
sentí algo de grande y santo
y murmuré: «Yo te adoro.»

«Sé tú el ángel redentor
que cuide de mi existencia,
que con tu divino amor
pronto cesará el dolor
que consumió mi inocencia.

No te alejes de mi lado,
calma mi profundo duelo,
ya que tanto te he adorado,
ya que eres mi ángel soñado
mi despertar sea un cielo.»

Trémulo á ella me acerqué,
ella sus brazos abrió,
y en aquel lazo encontré
tesoros de amor y fe
cual mi mente no soñó;

Mas todavía anhelante
la dije: «Habla, lo implora
este corazon amante,»
y contestó: «Eres constante,
y mi corazon te adora.

Y á impulsos de mi pasion
de aquella dicha el exceso
me hizo perder la razon,
y la entregué el corazon]
al darla en su boca un beso.

Y nuestras almas trocamos
en el beso que nos dimos,
y así aunque nos separamos,
aunque alejados estamos
los dos, por los dos vivimos.

.....
.....

A tí sola he de adorarte
hasta que venga la muerte,

por eso ántes de encontrarte
temia, ¡mi luz! no hallarte.
¡Ay! que ahora temo el perderte.

RICARDO VALVERDE Y DE VALLS.

EN UN ALBUM.

Cual pasa el arroyuelo
por verde prado,
que de mirtos y rosas
está sembrado,
pases la vida
sin dolores ni penas
Pura querida.

FEDERICO SEGUNDO BELMONTE.

A...

Entre todos los astros!
Que hay en el cielo,
Los que más brillan siempre
Son los luceros;
Pero tus ojos,
A los luceros mismos
Causan enojos.

En un jardin de flores
Siempre se eleva
Destacando entre todas
La rosa bella,
Y aun esta rosa,
Tus colores envidia
Niña preciosa.

Admiracion profunda
La esbeltez causa,
Que en medio del desierto
Muestra la palma,
Mas tu cintura
A la palma da celos
Y desventura.

Enseña en la campiña
Su color rojo,
El fragante y sencillo
Clavel hermoso.
Pero tus labios,
A los rojos claveles
Causau agravios.

Así niña divina
Tus bellos ojos,
Tu color, tu cintura,
Tu labio hermoso;
Quitán la calma,
A la rosa, lucero,
Clavel y palma.

PEDRO VELLUTI Y VELLUTI.

REVISTA TEATRAL.

Real.—*La Africana*.—Zarzuela.—*La monja alférez*.—Apolo.—*D. Alvaro ó la fuerza del sino*.—Comedia.—*De la Granja á Segovia*.

En el teatro Real hemos visto estos dias *La Africana*. No fué éxito completo el de la primera noche,

pues la señora Plegagia estuvo algo desgraciada, dando lugar á que el público mostrara su desagrado con murmullos, al final del segundo acto.

Por lo demas, el resto de la ópera fué cantada admirablemente por la señorita Fossa, que cumplió con exceso su papel, y los señores Stagno, que obtuvo una ovacion en el cuarto acto, Rudil, que fué muy aplaudido, y David, que rayó á gran altura, como siempre. La orquesta y coros bastante bien.

En la segunda representacion se hizo cargo la señorita Ferrari del papel de la señora Plegagia, resultando de este cambio que la ópera saliera mucho mejor que la primera noche.

En el coliseo de la Zarzuela hemos tenido el estreno de *La monja alférez*, zarzuela en tres actos del Sr. Coello. Toda ella en general es buena, y sin embargo no tiene ningun punto principal que llame la atencion; el público la aplaude, y no obstante no sale satisfecho; son de esas obras que le gusta á uno oír, y no se puede juzgar de ellas. La letra, como original de nuestro amigo y célebre poeta señor Coello, es muy buena. La música tambien es bonita y se aplaude mucho, aunque el conjunto de la obra no pasa de ser mediano.

El sabado 27 se puso en escena en el teatro de Apolo el drama *D. Alvaro ó la fuerza del sino*; nada diremos de este, pues es muy antiguo, y sólo sí, que el Sr. Vico interpretó su papel admirablemente. Los demas actores cumplieron su cometido, haciendo que el drama saliera todo lo mejor posible.

El teatro estaba brillante, encontrándose allí S. M. y A. R., y numerosas damas, de lo más distinguido de nuestra buena sociedad.

Al mismo tiempo que en el teatro de Apolo se ponía en escena por primera vez en esta temporada el drama de que antes he hablado, el lindo coliseo de la Comedia estrenaba el juguete cómico *De la Granja á Segovia*; sólo diremos de éste que está escrito con muchísima gracia, y que desde la primera escena hasta la última, el público no cesa de reír, aplaudiendo mucho y llamando á su autor el señor D. Emilio Alvarez, que no salió por no encontrarse en el teatro.

De todas maneras, si quieren mis lectores pasar un buen rato, vayan á la Comedia á ver este juguete, y de seguro me darán las gracias, por lo bien que lo pasarán.

De los demas teatros no os digo nada, pues continúan dando las mismas piezas de que os hablé en mi anterior revista, y teniendo un lleno completo todas las noches, por lo cual están de enhora buena los empresarios.

ALONSO DE OJEDA.

MISCELANEAS.

En lunes 23 se expusieron al público los trabajos efectuados en el colegio de niñas de Leganés, sito en la calle de la Reina, y que desde luego han correspondido al justo renombre de que goza dicho colegio.

Entre los numerosos objetos expuestos se han dis-

tinguido: una preciosa pantalla bordada, trabajo de la señorita doña María San Pedro; una bolsa para corporales con destino á la iglesia de Santoña, esmeradamente bordada por la señorita doña Dolores Mercadillo; un limpia-plumas de diversos colores perfectamente combinados; un juego de pañuelos y una sabanilla de altar, por las señoritas doña Antonia García, Ulagares y Olózaga respectivamente.

Son dignos de especial mencion los trabajos de las señoritas doña Filomena Manso de Zúñiga, Teresa Torres, Dolores Castellanos y Josefa Coll. La señorita de Zúñiga presentó unos dibujos que llamaron la atención de cuantas personas pudieron admirarlos; las señoritas Castellanos y Coll un tapete para mesa dedicado al patrono señor duque de Sexto.

Recomendamos á nuestros lectores lo vean, por ser este el mejor elogio que puede hacerse de él.

La señorita Torres presentó una labor consistente en un amito de nipsis, en el centro del cual hay bordada una cruz, en cuyos brazos se lee *Creo en Dios*. De este bordado hemos oido hacer grandes elogios á la numerosa y distinguida concurrencia que invadía el local. Este amito está dedicado al rector del Colegio. Invitados despues por él, visitamos el establecimiento admirando el orden que en todas partes reinaba.

En los ejercicios religiosos de los anteriores dias, se distinguió la señorita doña Gabriela Climent en la ejecucion del *Ave Maria* de Gounod y otras piezas musicales.

Felicitemos sinceramente al Sr. D. Pedro Martin Sanchez por los brillantes resultados obtenidos en la exposicion de labores, y debidos á su celo y actividad; felicitamos tambien á las señoritas Manso de Zúñiga, Torres, Castellanos y Coll por sus notables labores.

El viernes tuvimos el gusto de asistir, debidamente autorizados, á casa del Sr. Moles, con objeto de ver la coleccion que dicho señor ha logrado reunir de obras dramáticas, y que no dudamos es una de las más completas.

Le enviamos nuestro parabien.

A MARIA

I.

Porque Dios, á tí y á mí
un alma sola nos dió
dividida entre tú y yo,
no podré vivir sin tí.
Por eso á tí ¡encantadora!
mi corazón he rendido,
y pues para tí he nacido
tu esclavo soy desde ahora.
Antes mi pecho te amaba
porque soñé en tu hermosura;
mas hoy mi alma procura
la mitad que le faltaba.
Se entiende que está tu sér
enlazado con el mio
sin poder mostrar desvío
al fuego de mi querer.

II.

Y tú cariñosa, mi amor recibistes
pagando ese fuego con tierno querer,
y oí de tus labios el sí que me distes
con mágico acento ¡oh hermosa mujer!
Y ví tu semblante de rosa bañado,
y sentí gozoso mi pecho latir,
y en éxtasis dulce á tus piés postrado,
te ofrecí, bien mio, quererte ó morir.

III.

Y cuando llegue á gozar
de tu dulce posesion,
y á tu lado logre estar,
verás en mi corazón
si te supe ó no adorar,
Con delirante placer
al arrojarme en tus brazos
veré las horas correr
sujeto en los dulces lazos
que amor me hizo conocer.

.....
.....
Adios, palma de Idumea;
Adios, primor de primores;
Adios blanca entre las flores;
Adios, que en tí se recrea
El ánsia de mis amores.

EUSEBIO IÑIGUEZ Y BARRANQUERO.

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

CAMISA.

CHARADA.

En mi *segunda* y *tercia*,
yo, cierto dia
ví hacia mi dirigirse
segunda y *prima*;
subíme á un árbol,
y con veloz carrera
pasó de largo.

Por si acaso volvía,
con mucho miedo
al pueblo más cercano
me fuí corriendo;
no hubiera alguna
de esas bribonas que hacen
cuarta y *segunda*.

De pronto en *prima* y *tercia*
llegó á mi oído,
de *cuarta* repetida
débil quejido;
y una mozueta
cruzó con paso lento
la callejuella.

¡Cuánta *dos* repetida
lleva en el manto!
¡cuánta *prima* con *prima*
en el rebajo!
¡ay! por no verla,
haría yo una *prima*
cuarta y *primera*.

Más si estaria loca
la pobre chica,
que se tiró de un salto
de *cuarta* y *prima*;
¡qué triste instante;
matarse sin un *todo*
tener delante!

Si pasada por agua
con mucha furia;
lo hubiera hecho hace siglos.
prima y *segunda*,
tal vez á España
no le hubiera costado
tan *prima* y *cuarta*.

M. DE ARLAR.